

UNA ODISEA EN FILIPINAS

Sentado en el camastro de la Real Fuerza de Santiago en Manila, José Rizal meditaba acerca de los últimos acontecimientos. El tribunal militar le acababa de sentenciar a muerte. Le escucharon con oídos sordos e indiferentes. Tampoco le sirvió la solicitud de indulto de su gran amigo Pi y Margall, porque Cánovas la desestimó. De este manera sus constantes declaraciones de amor y lealtad a España cayeron en saco roto. Su ejecución ya estaba decidida antes de que se celebrase el juicio, sus peores enemigos lo habían conseguido. En sus escritos siempre señaló como su mayor rémora a la indolencia. Declaró que los españoles eran los señores que, en nombre de Dios, tomaban posesión de una tierra inculta y una vez apropiada ya no se dignaban mejorarla. De eso se aprovecharon los frailes de las diversas órdenes religiosas en su beneficio, convirtiéndose en auténticos tiranos y embaucadores de la fe. No todo fueron críticas, también defendió la galanía y la bondad de la nación española, de la cual se sentía partícipe, aunque comprendía la necesidad de libertad para su pueblo, pero nunca por la dureza sino por el diálogo y el entendimiento.

¿Por qué se hallaba en prisión? Jamás se enfrentó a España, que era de lo que le acusaban, ni quiso pertenecer a ningún grupo en contra de ella. Se sentía español, sin dejar de ser filipino. Su problema era que nunca se llevó bien con las distintas órdenes religiosas, las cuales le apuntaron como uno de sus peores enemigos desde que publicó sus novelas en las que arremetía por la conducta de estos en Filipinas. Recordó la última confrontación con los dominicos en su pueblo natal, Calamba, donde muchos de sus amigos y familiares tuvieron que derribar sus casas y fueron deportados por requerimiento de los frailes, que alegaban sin motivo que su construcción se había hecho en sus tierras. Estando en Hong-Kong, tuvo que regresar a su casa con el indulto de su gente en sus manos. Pero en la aduana le encontraron un panfleto subversivo, del que no tenía conocimiento y que lo más probable es que le hubieran colocado en su equipaje. Consecuencia de ello fue que se le envió a Dapitán y sus obras se prohibieron, con lo cual se afirmaba que detrás de todo se descubría la mano de los religiosos.

—¿Es cierto que sabe muchos idiomas y que es médico?—. La voz del carcelero que se había acercado le arrancó de sus pensamientos.

Le hizo gracia la pregunta cuando en pocas horas todo se habría acabado, sin embargo, decidió responder:

—Hablo tagalo, ilocano, español, francés inglés, algo de alemán, incluso japonés y, por supuesto latín y griego. Soy médico oftalmólogo, licenciado en Madrid. Tengo la carrera de Filosofía y Letras y también he estudiado Filología. Soy escritor, aunque me parece que no muy bueno.

—Debe tener cansado los ojos de tanto leer. Yo, cuando leo durante mucho tiempo, me escuecen —declaró el hombre mirando con admiración a José. El carcelero carraspeó y se atrevió a formular una comprometida pregunta. La hizo en voz baja:

—Le han acusado de ser traidor, ¿es cierto?

—No, amigo mío, no es verdad. Yo amo a Filipinas, pero también amo a España. Son amores compatibles.

—No comprendo entonces por qué le van a fusilar si no es un traidor.

—Existen poderes por los dos bandos que desean mi muerte, lo unos porque declaro su tiranía, y los otros porque de esa forma me elevaré como un mártir y será motivo y aliento en su lucha por la libertad.

—La política es una mierda que no comprendo y que me niego a oler. Es usted un buen hombre, culto y necesario para paliar la incultura que reina en este país.

—Piensa que son los de arriba los que dirigen nuestra vida. Estamos en sus manos.

—Lo siento. Si dependiera de mí, le abriría esta puerta a la libertad. Perdóneme, ahora debo marchar, pero volveré y seguiremos hablando.

—Se te agradece, amigo —asintió José, sonriendo al observar el espíritu sencillo del carcelero español—. Yo voy a escribir un poema, mi último pensamiento. ¿Me puedes decir la hora? Por favor.

—Son las tres de la mañana.

—Ya falta menos, en poco tiempo conseguiré averiguar la verdad.

—¿Qué verdad?

—La que se escribe con mayúscula, y por la que no importa morir.

—No le comprendo bien. No obstante, debo decirle para que se anime, que en un par de horas le llevarán a la capilla, y allí contraerá matrimonio con su prometida.

José se levantó del camastro y agarró con fuerza los barrotes de la celda y con la voz embargada de emoción articuló:

—¿Es cierto? ¿Han aceptado por fin que nos unan en santo matrimonio?
—Me imagino que así es, hoy porque me han informado de que nos avisarían para que le llevemos allí. Ahora perdone debo ir a prepararlo todo—. Hizo un gesto donde se mezclaban la repulsa y la resignación
—Hoy amanecerá un pobre día para filipinas y también para España.

El carcelero desapareció y José quedó a solas con sus pensamientos y sus recuerdos, y estos le llevaron a recordar a su prometida. Desde el primer momento en que se miraron hoy se estableció un nexo entre ellos que solo lo podía separar la muerte, tal y como iba a suceder en pocas horas. Ya había escrito parte de su poema “Mi último pensamiento”, y deseaba terminarla y dejar una triste huella a los suyos, a los que le amaban.

Se sentó y buscó entre los papeles la última estrofa que había dejado concluida, la estudió con atención e hizo una pequeña corrección. Después, febril, continuó su tarea sabiendo que el tiempo le estaba abandonando. Al terminar se echó hacia atrás en su silla de madera, y leyó en voz alta, embargado por la emoción:

*Y cuando ya mi tumba, de todo es olvidada,
no tenga cruz, hoy ni piedra que marque en su lugar,
Deja que la are el hombre, que la esparza la azada,
Que todas mis cenizas se vuelvan a la nada,
y en polvo de tu alfombra se vayan a formar.
ientonces nada importa me pongas en olvido!
Tú atmósfera, tus campos, tus valles cruzaré;
Vibrante y limpia nota seré para tu oído;
Aroma, luz, colores, rumor, canto, gemido;
Constante repitiendo la esencia de mi fe.
Mi patria idolatrada, dolor de mis dolores;*

¡Querida Filipinas, oye el postrer adiós!
Aquí te dejo todo: ¡mis padres, mis amores!
¡boy a do no hay esclavos, verdugos ni opresores,
¡Donde la fe no mata, donde el que reina es Dios!
¡Adiós, padres y hermanos, trozos del alma mía!
¡Amigos de la infancia en el perdido hogar!
Dad gracias; ya descanso del fatigoso día.
¡Adiós, dulce extranjera, mi amiga, mi alegría!
¡Adiós, seres queridos!... ¡Morir es descansar!

Limpió sus ojos con el reverso de sus dedos índices, sintiendo en su alma una congoja que le inundaba, y esta existe tía plasmada en las letras recién escritas punto ya nada importaba, todo estaba acabado punto la única alegría que le quedaba era unirse en Santo matrimonio con su querida Josefina, y en pocas horas lo iba a conseguir. No notaba gozo, son un desierto profundo, al igual que si se asomase a un precipicio sin divisar el fondo. Dentro de poco dejaría de existir, y lo aprendido, lo amado, lo soñado, lo ambicionado, se esfumaría sin que pudiera remediarlo. ¿Qué le esperaba después? Como católico creía en la vida espiritual. Pero él amaba lo tangible, lo conseguido, lo que le faltaba por lograr. Quería seguir escribiendo, transitar por los caminos de su Filipinas, ejercer su profesión ayudando a la gente que sufre; continuar amando, hacer el amor con su amada... ¡Nunca más! ¡Tanto tiempo empleado, para qué! ¡Qué estupidez nuestro afanes! ¡Qué vacío le rodeaba! La muerte no le asustaba, pero latía en su interior el sufrimiento de los suyos.

Josefina, ¿qué sería de ella? Sus padres, su familia, ¡cuánto dolor! Las lágrimas rodaron incontenibles por sus mejillas. Cerró los párpados, y los abrió enseguida. Deseaba contemplarlo todo, porque todo lo iba a perder. La oscuridad, síntoma de la ausencia, le rodearía por siempre. El olvido, el terrible olvido, le acosaba el alma deseando hundir sus fríos dientes en su etérea carne. ¡La nada le aterrorizaba! El dejar de ser, el haber existido para la simplicidad. Lo vivido, en una vista retrospectiva, sucedió en un instante fugaz. Se parecía a una burbuja de jabón, que se forma, llega a su culmen,

y luego desaparece con un escaso estallido. Visto así, su existencia había sido corta e inútil. ¡Qué desesperación! Sin atentar contra España y sin motivo suficiente, iban a acabar con su vida, acusado de traición. No se arrepentía de lo escrito acerca de los crueles frailes, ya llegaría el día en que su ambición se trastocaría en amor al prójimo. Los Insurgentes, aquellos que odiaban a su otra patria, deseaban su sacrificio aun sabiendo de su inocencia. Necesitaban un mártir, con la malévola intención de arrastrar al pueblo a las profundidades de su locura.

Le dolía la cabeza y las sienes se acompasaron con el corazón. El abatimiento anidó en su espíritu, y cayó de rodillas en el sucio suelo de su calabozo. Poco a poco, la razón y la fe le rescataron del desvarío, y de su boca brotaron oraciones.

La boda fue sencilla, los novios, el capellán, el carcelero y un par de soldados fueron los únicos asistentes. La emoción inundó la pequeña capilla. Ninguno de los presentes pudo sustraerse al sentimiento de compasión por el filipino que iba a ser ejecutado. Una vez terminada la ceremonia, a los recién casados se les consintió permanecer juntos hasta las seis horas y treinta minutos de la mañana. Después se le condujo acompañado por los sacerdotes y escoltado por un piquete del regimiento de Artillería. Más tarde, con los ojos vendados, José Rizal exclamaba: "Consummatum est", luego en voz baja: "Señor, mi Dios, ten piedad de mí". Recibió el impacto de las balas en su cuerpo, giró media vuelta por la fuerza de los proyectiles y cayó sobre el costado derecho. En los últimos instantes, creyó sentir que unos sueves dedos cerraban sus párpado a la vida.